

— ¡Pobrecillo! — exclamamos todos á la vez, poniéndole las manos sobre la cabeza y la espalda y acariciándole el rostro, — ¿y quién es que te pega?

— ¡La... madre!

— ¡Tu madre! — dijimos todos, mirándonos sorprendidos uno á otro. — ¿Es posible?

— ¡Es que... no es... mi madre!

Y aquí el pobre muchacho, después de habérselo pedido y suplicado de nuevo, nos refirió que su padre había muerto hacía algún tiempo; que no le había quedado nadie más que la madrastra; que ésta sólo quería á sus hijos y á él le aborrecía y maltrataba; y que no pudiendo sufrir ya más, se había escapado de su casa para venirse con nosotros.

No había acabado de hablar cuando todos á una le estábamos colmando de consuelos y caricias.

— Vendrás con nosotros, pobrecillo, y nada temas. Tendrás un padre en cada oficial, y un hermano en cada soldado. Vive tranquilo.

Y haciendo para que se serenara y se sonriera, añadí:

— Y si alguno te preguntase de quién eres, ó de dónde has venido, le contestarás que eres hijo del regimiento, y que te encontramos en la funda de la bandera. ¿Lo has entendido?

Sonrióse é hizo un ademán afirmativo.

— Y ahora, — proseguí, — en cuanto emprendamos de nuevo la marcha, te vendrás conmigo ó con otro cualquiera de nosotros, y permanecerás siempre á nuestro lado, y caminarás hasta que no puedas más con tus piernas, y cuando te sientas cansado nos lo dirás: ¿has comprendido? y te colocaremos en uno de los carros.

El mísero Carlitos, que no podía darse cuenta de tanta ventura, ni de tales demostraciones de benevolencia, y pensaba estar soñando, hacía que sí, alzando y bajando la cabeza, mirándonos con ojos estupefactos.

— ¿Y ahora, cómo estás? — ¿Te sientes fatigado? — ¿Tie-



— No es mi propia madre, dicen, y por esto no me quiere

— ¡Pobrecillo! — exclamamos todos á la vez, poniéndole las manos sobre la cabeza y la espalda y acariciándole el rostro. — ¿y quién es que te pega?

— ¡La... madre!

— ¡Tu madre! — dijimos todos, mirándonos sorprendidos uno á otro. — ¿Es posible?

— ¡Es que... no es... mi madre!

Y aquí el pobre muchacho, después de habérselo pedido y suplicado de nuevo, nos refirió que su padre había muerto hacía algún tiempo, que no le había quedado nadie más que la madrastra, que era una mujer quita á sus hijos y á él le aborrecía y maltrataba, y que no pudiendo sufrir ya más, se había escapado de su casa para venirse con nosotros.

No había acabado de hablar cuando todos á una le estábamos colmando de besos y caricias.

— Vendrás con nosotros, pobrecillo, y nada temas. Tendrás un padre en cada oficial, y un hermano en cada soldado. Vive tranquilo.

Y para que se serenara y se sonriera, añadí:

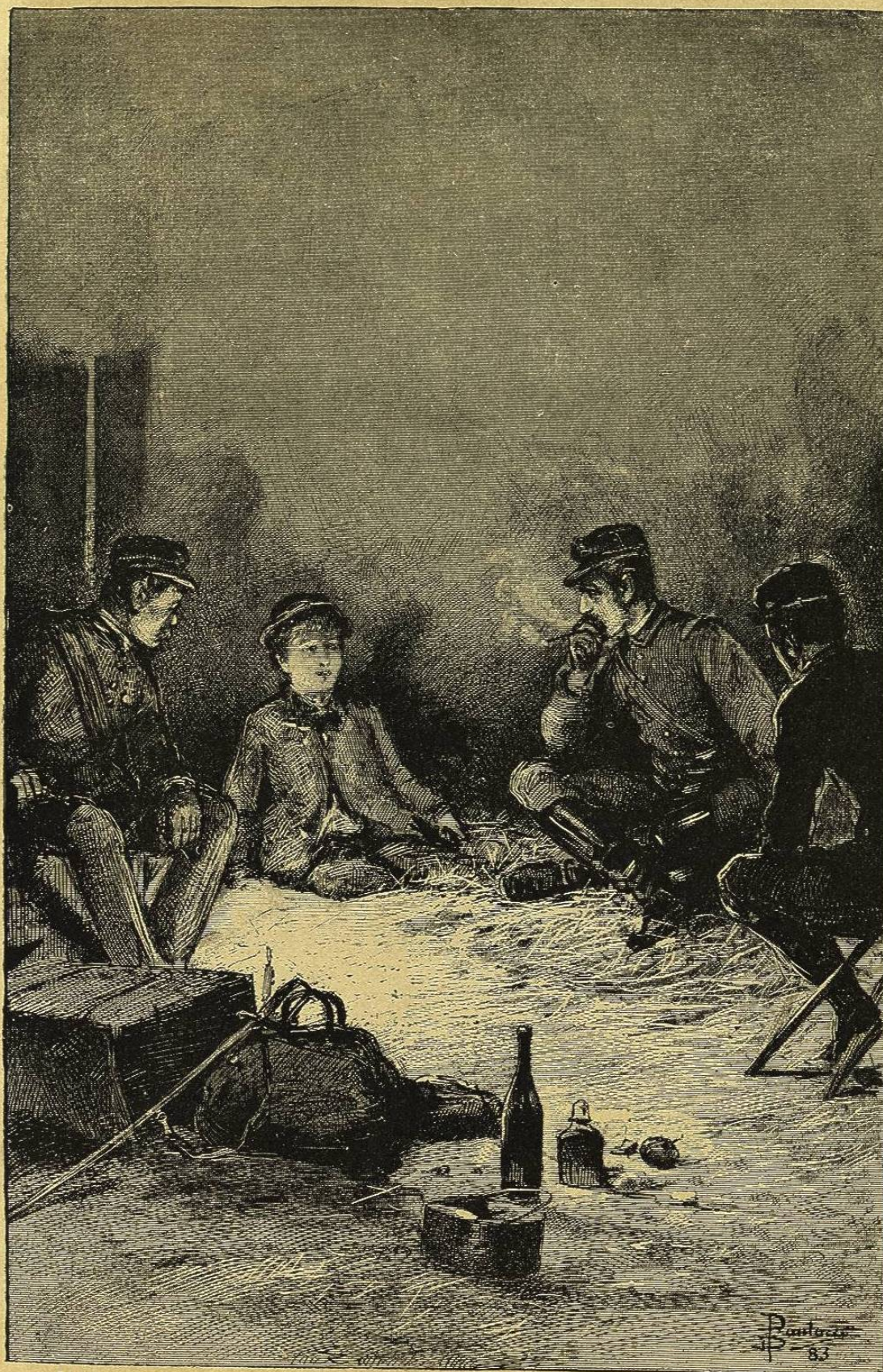
— Y si alguna te preguntase de quién eres, ó de dónde eres, dile que eres hijo del regimiento, y que te acuerdas de la tunda de la bandera. ¿Lo has entendido?

— ¡Sí! — respondió con un ademán afirmativo.

— Y ahora, — proseguí, — en cuanto emprendamos de nuevo la marcha, te vendrás conmigo ó con otro cualquiera de nosotros, y permanecerás siempre á nuestro lado, y caminarás hasta que no puedas más con tus piernas, y cuando te sientas cansado nos lo dirás: ¿has comprendido? y te colocaremos en uno de los carros.

El mísero muchacho, que no podía darse cuenta de tanta ventura, ni de tales demostraciones de benevolencia, y pensaba estar soñando, hasta que sí, alzando y bajando la cabeza, mirándonos con ojos estupefactos.

— Y ahora, cómo estás? — Te sientes fatigado? — ¿Tie-



La vida militar.

— No es mi propia madre, decía, y por esto no me quiere

nes sed?—¿Quieres comer?—¿Quieres un poco de café?—¿Un sorbo de aguardiente?

—No, gracias, no tengo sed.

Y hacía ademán de rechazar el frasco de aguardiente que le ofrecía uno de los oficiales.

—Bebe, hombre, bebe: te aprovechará y dará fuerzas.

Bebió un sorbo.

—¿Quieres comer? Al presente no tenemos más que pan. ¡Eh, linternerero! tráete un pedazo de pan.

El soldado que sostenía la linterna sacó del morral un pedazo de pan y se lo dió.

—No, gracias... no tengo pizca de hambre.

—Come, come, hace mucho tiempo que estás andando, y necesitas fortalecer el estómago.

Vaciló un instante, y cogiendo luego el pan con ambas manos, hincó en él el diente con la avidez de un animal hambriento.

En aquella sazón hizo el corneta de órdenes señal de marcha, y emprendimos de nuevo el camino. Al cabo de media hora Carlitos se sintió acometido por el sueño. Cogile de la mano, y lo llevé á la cola de la columna, y después de cambiadas algunas palabras con el cantinero, le hice acostar en uno de los carros, en tanto que por su parte no cesaba de decirme:—Si no estoy cansado... si no tengo pizca de sueño...—Y se durmió como un bienaventurado murmurando aún que no necesitaba dormir y que quería andar.

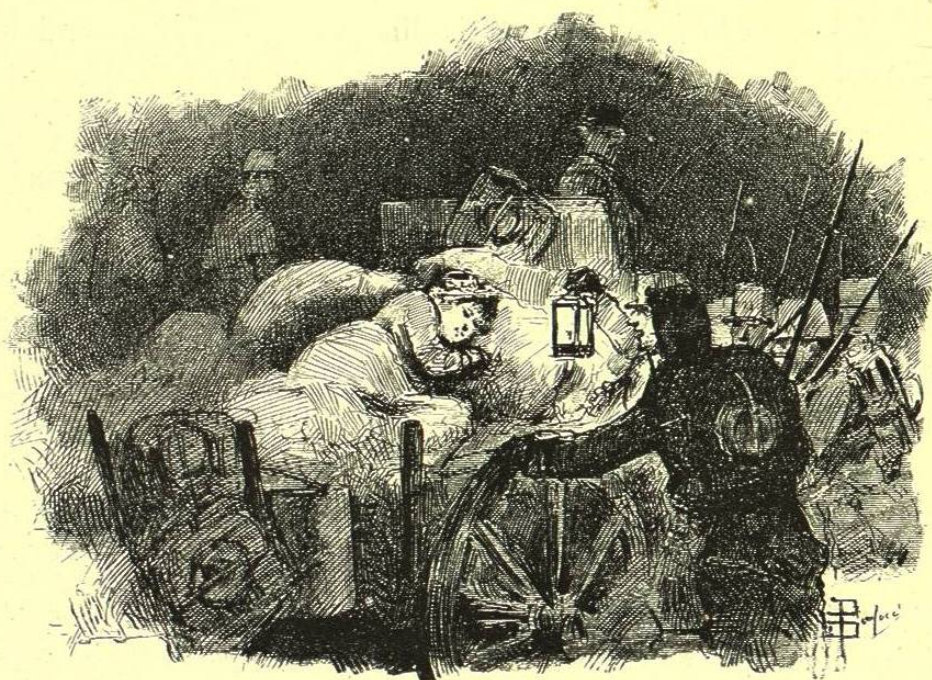
Al cabo de poco más de una hora el regimiento se detuvo de nuevo algunos minutos. Los soldados que me habían visto acompañar á Carluccio al cantinero, en cuanto oyeron el toque de alto, se dirigieron corriendo al carro, en derredor del cual se agruparon. Uno de ellos sacó la linterna del fusil, y la aproximó al rostro del muchacho: los demás se inclinaron para contemplarle. Seguía durmiendo tranquilamente, con la

cabeza apoyada en un saco de pan, y en sus ojos y en sus mejillas quedaban aún las señales de las lágrimas que vertiera poco antes.

— ¡Lindo pajarillo! — dijo en voz baja uno de los soldados.

— ¡Qué tranquilo duerme! — murmuró otro.

Un tercero alargó la mano, y le tomó una de sus mejillas entre el índice y el dedo del corazón.



— ¡Abajo aquella mano! — gritó un cabo.

Y todos los demás:

— Dejadlo que descanse.

— Dejadlo dormir.

Carluccio despertó: de pronto, viéndose rodeado de tantos soldados, tuvo un poco de miedo; pero reanimándose en seguida y tranquilizándose sonrió.

— ¿De quién eres hijo? — preguntóle uno de los soldados.

Carluccio vaciló un momento; mas acordándose de pronto del consejo que yo le diera, contestó resuelto:

— Soy hijo del regimiento.

— ¡Bravo, bravo! — dijeron los soldados riéndose y palmo-teando. — ¿Quién te ha traído aquí? ¿Dónde te han encontrado?

Y el muchacho, con gran satisfacción de los soldados, contestó con la mayor seriedad:

— En la funda de la bandera.

— Venga la mano, camarada, — gritó un cabo ofreciéndole la suya.

Aceptóla Carluccio y se la estrechó.

— Y la mía, — dijo otro soldado.

Y Carluccio hizo otro tanto, y así fué estrechándose a todos uno después de otro.

— ¡Amigos hasta la muerte! ¿No es verdad, chiquillo? — preguntóle el último de todos.

— ¡Hasta la muerte! — contestó con profunda gravedad.

En aquel instante se oyó de nuevo la señal de marcha. Los soldados se alejaron riendo, y yo, que desde mi puesto me había dirigido al extremo de la columna para enterarme de cómo seguía mi protegido, viéndole despierto me encaré con él y preguntéle:

— ¿Qué tal va, valiente?

Y después de haberme mirado sonriendo, con expresión de vivísimo contento, me respondió:

— Los soldados me quieren mucho.

## IV

A eso de la media noche hicimos alto. No sabría decir cuántas millas habíamos recorrido desde Padua, ni el punto, aproximadamente, en el cual, al cabo de poco, se plantaron las tiendas. Alguna mísera aldea debía existir en las cercanías del sitio donde acampamos; pero ni cerca ni lejos,